

La iglesia roja

Scott Nicholson

Traducción:
Paula Gamissans Serna



Título original: *The Red Church*
Primera edición

© 2002, Scott Nicholson

Ilustración de cubierta: Christopher Gibbs via Agentur Schlück GmbH

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-575-2 Depósito Legal: B-6178-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 5

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:
INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

EN EL INTERIOR DE LA IGLESIA ROJA

—No vas a entrar ahí —dijo Tim, con los ojos abiertos como platos tras sus gafas. La luz de la luna les confería un aspecto fiero, animal.

—¿Y por qué demonios iba a querer entrar ahí?

—Tenías una mirada extraña.

—*Chsss*. Escucha.

El coro se detuvo otra vez. Un gran silencio se instaló en las montañas. El viento esperaba en las copas de los árboles. No se oía ni un insecto. Incluso el río parecía haber decidido hacer una pausa en su lecho.

De pronto, un sonido leve.

El sonido de un aleteo, de unos arañazos.

Pero no se oía en el interior de la iglesia.

Sino encima.

En el campanario.

Una sombra gris se movió, contra la campana.

Tim ahogó un grito.

Ronnie tragó saliva y la sangre de su herida en la nariz se escurrió por su garganta.

Huele la sangre. La criatura con alas y garras, e hígados en lugar de ojos...

—¡Corre! —le gritó a Tim, aunque su hermano pequeño ya estaba un paso por delante de él. Corrieron entre los coches y llegaron al camino de gravilla, haciendo volar piedras mientras huían de la iglesia roja. Eran vulnerables y estaban al descubierto, pero Ronnie no se atrevía a penetrar en el bosque. Los latidos que martilleaban sus oídos sonaban como risas, pero él no quiso detenerse a escuchar.

En lugar de eso, corrió en la noche, encogiéndose los hombros para protegerse del monstruo que había resurgido de la oscuridad.

Para Angela, que me ha salvado en más de una ocasión

El mundo nunca acabará como uno espera, pensó Ronnie Day.

Tenía sus finales favoritos, como el holocausto nuclear y la colisión de asteroides del fin del mundo, o los virus exterminadores, o el eterno clásico del predicador Staymore: la Segunda Venida de Jesucristo. Pero, al fin y al cabo, el verdadero final no era uno de grandes dimensiones y estudiada organización. En realidad, el final era cercano y personal, distinto para cada individuo; una patada en el trasero y una zancadilla de la propia Parca.

Pero aquel era el Gran Final. Primero había que abrirse camino a través de miles de dilemas cruciales y morir un poco en cada uno de ellos. Era una de las grandes lecciones de la vida, que había aprendido como consecuencia de trece años de ser el hijo de Linda y David Day, y de un semestre sentado en clase junto a Melanie Ward. Maestros duros, sí señor.

Ronnie caminaba aprisa, mirando al frente. Había concluido otro día en la fábrica de idiotas, alias la escuela primaria de Barkersville. Tenía media tarde por delante, así como un largo trayecto hasta su casa, con la única compañía de sus pies y el aroma de las hojas mojadas, la hierba fresca y el húmedo barro de las riberas del río. Con un gran plato de sol primaveral arriba, en el cielo.

Podía aminorar la marcha en cualquier momento, retrasando así su llegada al infierno en el que se había convertido su hogar últimamente, porque pronto llegaría a la curva desde la que avistaría lo de la colina situada a su derecha, lo que no quería que invadiese sus pensamientos, lo que no podía evitar que invadiese sus pensamientos, porque estaba obligado a pasar por allí dos veces al día.

¿Por qué no podía ser como los demás niños? Sus padres iban a recogerlos a la escuela en flamantes modelos nuevos de Mazda y Nissan, y los llevaban al centro comercial de Barkersville, o los dejaban en el entrenamiento de fútbol, para acompañarlos más tarde directamente a las puertas de sus hogares. Y allí, su única tarea era entrar y apoltronarse frente a las cenas recalentadas en microondas y encerrarse en sus cuartos, perdiendo las neuronas con la televisión o la videoconsola Nintendo durante toda la noche. No tenían nada a lo que temer.

Bueno, siempre podía ser peor. Él tenía un cerebro, pero no merecía la pena alardear de ello. Su imaginación «hiperactiva» le causaba problemas en la escuela, aunque le enorgullecía cuando los otros niños, sobre todo Melanie, le pedían ayuda en la clase de lengua.

En consecuencia, sobrellevaba cada día el hecho de tener un cerebro, incluso cuando sufría lo que el orientador escolar denominaba «pensamientos negativos». Bueno, al menos pensaba, justo lo contrario que el gilipollas de su hermano, que no tenía ni la cabeza suficiente como para saber que aquel tramo del camino no era lugar para entretenerse.

—Eh, Ronnie... —Su hermano lo llamaba desde la colina. El gilipollas seguía en sus trece, estaba claro.

—Vamos. —Ronnie ni siquiera se volvió.

—Aquí arriba.

—Vámonos ya, o te llevas un guantazo.

—No, en serio, Ronnie. Estoy viendo algo.

Ronnie suspiró, se detuvo y se recolocó la mochila en el hombro. Se encontraba a unos seis o siete metros por delante de su hermano pequeño. Tim paraba cada dos por tres, como cualquier otro crío de nueve años, ahora para atarse los cordones, ahora para buscar renacuajos en la acequia, ahora para lanzar piedras al río que discurría junto al camino.

Ronnie se dio la vuelta, *hacia la izquierda*, se dijo interiormente, *así no la ves*, y echó un vistazo a lo largo de la extensión de gravilla que casi se perdía entre la verde masa de montañas. Se le ocurrían cien razones para no retroceder ese tramo y ver lo que Tim quería que viese. Por alguna razón, Tim se encontraba en la cima de la colina, lo que implicaba que Ronnie iba a tener que ascender la pendiente una

vez más. El camino desde la parada del autobús hasta casa era de poco menos de dos kilómetros y medio. ¿Por qué alargarlo más?

Además, tenía al menos otras noventa y nueve razones... como la iglesia roja... para ignorar aquello donde Tim estaba metiendo las narices en aquel momento. Papá iba a ir a casa a recoger algunas cosas más, y Ronnie tenía ganas de verlo. Tal vez podrían tener una breve conversación de hombre a hombre. Si Tim no se apresuraba, quizá papá y mamá tendrían otra discusión antes de su llegada, y papá se marcharía igual que la semana anterior, pisando a fondo el acelerador de su oxidado Ford y levantando piedras con los neumáticos, que romperían otra ventana. Ya tenía otra razón para no retroceder a ver lo que fuese que tenía a Tim tan entusiasmado.

Tim saltaba arriba y abajo, con las vueltas de sus pantalones vaqueros cayendo sobre sus zapatillas. Agitó su escuálido brazo y sus gafas emitieron un reflejo del sol de media tarde.

—¡Vamos, Ronnie! —gritó.

—Imbécil... —murmuró Ronnie para sí, y empezó a retroceder por el camino. No despegó la mirada de la gravilla, como siempre que se encontraba cerca de la iglesia. El sol producía pequeños destellos en las piedras del sendero y, con un poco de imaginación, el suelo podía convertirse en una gran galaxia con miles de estrellas y planetas. Y, si no miraba hacia la izquierda, no vería la iglesia roja.

¿Por qué tendría que tener miedo de algo tan tonto como una vieja iglesia? Era como el corazón de uno mismo. En una ocasión, Jesús estuvo allí. Se suponía que debía quedarse. Pero a veces, uno hacía cosas malas que lo alejaban.

Ronnie miró durante unos instantes hacia la iglesia, solo para demostrar que no le preocupaba en absoluto, de ninguna de las maneras. *No hay más que madera y clavos.*

Pero apenas detuvo un momento la mirada en ella. Solo alcanzó a ver una parte del tejado gris y recubierto de musgo, debido a la gran cantidad de árboles que bordeaban el camino: majestuosos robles, un retorcido manzano y un encorvado cornejo genial para trepar sobre él, excepto porque al llegar a la copa se veían de frente la torre y el campanario.

Estúpidos árboles, pensó. Todos felices porque estamos en mayo y sus hojas se mecen al viento y, si fueran personas, seguro que tendrían

plasmadas en sus caras sonrisas idiotas, exactamente como la que debe de lucir en el rostro de Tim justo ahora. Porque, igual que el hermanito, los árboles son demasiado idiotas como para tener miedo.

Ronnie aminoró levemente la marcha. Tim se había perdido bajo la sombra del arce. En el interior de la selva de hierbajos que formaba una valla natural a lo largo del sendero. Quizás hasta la entrada del cementerio.

Ronnie tragó saliva. La nuez de su garganta había empezado a desarrollarse y pudo sentir un nudo literal en la tráquea. Se detuvo. Ya se le había ocurrido la razón número ciento uno para no adentrarse en el recinto de la iglesia, y era la mejor de todas, una que casi le hacía sentir mareado de tanto alivio: que él era el hermano mayor. Tim tenía que hacerle caso a él. Si se rendía una vez más ante el mocososo, tendría que aguantar una vida entera de «Ronnie, haz esto», «Ronnie, haz lo otro». Y ya tenía bastante de eso con mamá.

—Date prisa —lo increpó Tim desde la maleza.

Ronnie no podía verle la cara. Pero eso no era del todo malo. Tim tenía dientes de conejo y el pelo rubio pajoso, y los ojos un poco saltones. Suerte que estaba en cuarto curso y no en octavo. Porque en octavo, lo importante era impresionar a las chicas como Melanie Ward, que se habrían reído en su cara un día, y se habrían sentado en otro pupitre al siguiente, hasta dejarlo tan destrozado que no le importaría ninguna de las tonterías que un estúpido hermano pequeño estuviese haciendo en ese momento.

—Sal de ahí, pedazo de idiota. Ya sabes que no puedes entrar en esa iglesia.

Las hojas estaban rotas en el recorrido de Tim hacia la maleza. Había abandonado su mochila sobre la hierba, dejándola apoyada junto al tronco de un árbol. Se oía su voz de pito desde el otro lado del amasijo de arbustos y matas de laurel.

—He encontrado algo —dijo.

—Sal ahora mismo de ahí.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo.

—Pero... mira lo que he encontrado.

Ronnie se acercó un poco más. Tenía que reconocer que estaba un poco intrigado, aunque también estaba empezando a cabrearse. Por

no mencionar el miedo. Porque, a través de los huecos que dejaban los árboles, podía ver el cementerio.

Una pendiente de hierba espesa, bien segada, interrumpida por grandes losas blancas y grises. Lápidas. Al menos cuarenta muertos, esperando el momento de levantarse y...

Solo son historias. No vas a creerte esos cuentos, ¿verdad que no? ¿A quién le importa lo que diga el tonto de *Whizzer* Buchanan? Si fuera tan listo, no habría suspendido tres asignaturas.

—¡No llegaremos a ver a papá! —gritó Ronnie. Le temblaba ligeramente la voz, pero esperaba que Tim no lo hubiera notado.

—Un momento.

—No tengo un momento.

—¿Qué pasa? ¿Eres un gallina?

Con aquello tuvo más que suficiente. Ronnie apretó los puños y empezó a correr hacia donde estaba Tim. Dejó la mochila junto a la de su hermano y se adentró entre la maleza. Vellosos tallos de zumaque venenoso veteaban el suelo. Las zarzas se inclinaban por el peso de los brotes de las moras. Y Ronnie habría apostado un cómic de Spiderman a que había serpientes deslizándose entre los hierbajos que poblaban la acequia.

—¿Dónde estás? —preguntó a través de los arbustos.

—Aquí —respondió Tim.

El idiota del enano estaba dentro del cementerio. ¿Cuántas veces les había dicho papá que no debían entrar allí?

Ronnie no necesitaba recordarlo. Pero Tim era mucho Tim. Solo hacía falta decirle que no tocarse la estufa y ya estabas oliendo el chisporroteo de la carne de sus dedos antes de terminar la frase.

Ronnie se agachó para mirar desde la perspectiva de Tim, *el punto de vista de un idiota*, pensó, y vio el cementerio al final del sendero que Tim había recorrido. Su hermano estaba de rodillas junto a una vieja lápida de mármol, mirando hacia abajo. Recogió algo que centelleó bajo la luz del sol. Una botella.

Ronnie echó un vistazo a las irregulares filas de lápidas. Algunas estaban agrietadas y astilladas, y todas desgastadas en los bordes. Eran tumbas viejas. Muertos Viejos. Muertos desde hacía tanto tiempo que, seguramente, estaban demasiado podridos como para levantarse y entrar en la iglesia roja.

Pero aquello ya no era una iglesia. No era más que una antigua construcción que Lester Matheson utilizaba para almacenar heno. Hacía ya unos veinte años que no era una iglesia. Como el propio Lester había dicho, haciendo una pausa para tomar un trago de cerveza negra y limpiarse la boca acto seguido con su magullado pulgar: «Es la gente quien la convierte en iglesia. Sin las personas y todo en lo que creen, esto no es más que un lujoso hotel para ratones».

Sí. Un lujoso hotel para ratones. Y eso no da miedo, ¿a que no?

Era igual que la Primera Iglesia Baptista, si uno se paraba a pensar. Excepto porque la iglesia baptista era mayor. Y la única vez que la iglesia baptista lo asustó fue cuando el predicador Staymore le dijo que tenía que salvarse o Jesucristo lo enviaría a quemarse en el infierno para toda la eternidad.

Ronnie se abrió paso con dificultad entre los arbustos. Una zarza atrapó su camiseta de *Expediente X*, la única que le gustaba a Melanie. Retrocedió para liberarse, soltando una palabrota al pincharse en un dedo con una espina. Brotó una gota de sangre que limpió con la camiseta en primer lugar, y que chupó tras pensarlo dos veces.

Tim dejó la botella en el suelo y cogió otro objeto. Una revista. Sus páginas aletearon con el viento. Ronnie se liberó del embrollo de matorrales y se irguió.

Ya. Se encontraba en el cementerio. Y no pasaba nada. Y si mantenía la mirada fija al frente, no tenía ni por qué ver el lujoso hotel para ratones. Pero, acto seguido, olvidó todos los motivos para no asustarse, por culpa de lo que Tim sostenía entre sus brazos.

Cuando Ronnie lo alcanzó, Tim cerró de golpe la revista. Pero no lo hizo antes de que Ronnie hubiera echado un buen vistazo a la pálida carne que poblaba sus páginas. Timmy se sonrojó. Había encontrado un ejemplar de *Playboy*.

—Dame eso —le instó Ronnie.

Tim se encaró a su hermano y escondió la revista tras su espalda.

—La... la he encontrado yo —dijo.

—Claro, y ni siquiera sabes lo que es, ¿me equivoco?

—Un libro de mujeres desnudas. —Tim miró al suelo.

Ronnie empezó a reír, pero sus carcajadas se cortaron al mirar el cementerio.

—¿Desde cuándo conoces estas revistas?

—Whizzer nos enseñó una detrás del gimnasio a la hora del recreo.

—Seguro que os cobró un dólar por mirar.

—No, en realidad, solo un cuarto.

—Déjala aquí o se lo diré a mamá.

—No. No lo harás.

—Sí. Sí lo haré.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué piensas contarle? ¿Que encontré un libro de mujeres desnudas y no te dejé mirarlo?

Ronnie hizo una mueca. *Uno a cero para el gilipollas del enano.* Pensó en saltar sobre Tim y arrebatarse la revista por la fuerza, pero ¿qué prisa tenía? Tomarle el pelo un rato sería mucho más divertido. Lo que tenía claro era que no quería quedarse en el escalofriante cementerio a negociar.

Miró el otro objeto que su hermano había dejado sobre la hierba, junto a la tumba. La botella tenía la base cuadrada y un tapón negro de rosca. Sabía que era licor por el pavo de la etiqueta. Era lo mismo que tomaba la tía Donna. Pero a Ronnie le apetecía pensar en la tía Donna casi lo mismo que pensar en el miedo.

Entonces, se fijó en una gorra verde de béisbol que yacía junto a la lápida. La banda tenía una gran mancha de color gris oscuro, y la visera estaba tan ahuecada que se estaba deshilachando. Solo una persona se enrollaba la visera de la gorra de aquella forma. Ronnie le dio la vuelta con el pie. Era una gorra de John Deere. Estaba claro.

—Es de *Boonie Houck* —apuntó Ronnie. Pero Boonie jamás iba a ninguna parte sin su gorra. Siempre la llevaba bien encajada hasta la altura de sus pobladas cejas, con los ojos centelleantes bajo la sombra de la visera, como dos cojinetes húmedos. Seguramente, incluso dormía con la gorra emplastada en su enorme cabeza.

La brisa agitó una bolsa arrugada de patatas fritas que yacía junto a la gorra. Se mantenía inmóvil gracias a una lata cerrada de Coca-Cola. Bajo ella, asomaba, como un ojo, la bombilla apagada de una linterna.

Ronnie se inclinó y vio un objeto plateado. Dinero. Recogió tres monedas desgastadas, dos de diez centavos y una de cinco. Vio un par más de un penique sobre la hierba, pero las dejó allí. Acto seguido, se levantó.

—Te doy veinticinco centavos por la revista —le propuso a Tim.

Tim retrocedió unos pasos, sin mover las manos de su espalda. Su silueta se adentró bajo la sombra de un burdo sepulcro de piedra, compuesto de dos pilares que sostenían una viga transversal, sobre la que reposaba una maceta vieja. Un quebradizo manojito asomaba desde el centro.

Tulipanes. Lo que significaba que alguien había estado en el cementerio al menos una vez desde el invierno. Probablemente, se trataba de Lester. Lester era el dueño de la propiedad y siempre se encargaba de segar la hierba, pero ¿significaba eso que el granjero aficionado a mascar tabaco debía mostrar sus respetos a los muertos que estaban enterrados allí? ¿Los difuntos estaban incluidos en las escrituras de la propiedad?

Pero, de pronto, Ronnie olvidó todo aquello, porque miró por equivocación por encima del hombro de Tim. La iglesia roja se veía perfectamente, enmarcada por aquellos dos pilares de piedra.

No. Por equivocación, no. Querías verla. Tus ojos han ido dirigiéndose constantemente hacia la derecha desde el momento en que has pisado el cementerio.

La iglesia descansaba sobre una amplia pila de guijarros que las corrientes centenarias habían hecho palidecer. Algunos se habían caído, revelando hoyos de oscuridad bajo la estructura del edificio. La iglesia parecía algo inestable; daba la impresión de que una ráfaga de viento fuerte podría despojarla del tejado y mandarlo rodando colina abajo.

El escalofriante árbol se alzaba, alto y desgarbado, junto a la puerta. Ronnie no creyó nunca la historia que Whizzer contaba sobre el árbol. Pero solo con que la mitad fuera cierta...

—¿Un cuarto de dólar? —preguntó Tim en tono burlón—. Si la llevo a la escuela, conseguiré al menos cinco pavos.

La revista. A Ronnie ya le daba lo mismo la revista.

—Vamos —dijo—. Salgamos de aquí.

—Piensas quitármela, ¿verdad?

—No. Es que papá viene hoy y quiero verlo.

De repente, Tim retrocedió otro paso de forma brusca, con los ojos abiertos como platos.

Ronnie levantó el brazo para señalarle el sepulcro de piedra, pero Tim tropezó de espaldas contra uno de los pilares y sacudió la viga transversal. La maceta se inclinó peligrosamente, y en la cabeza de Tim cayó un buen puñado de tierra oscura y seca. La maceta rodaba hacia el canto de la viga.

—¡Cuidado! —gritó Ronnie.

Tim se apartó a toda prisa del pilar, pero el monumento entero empezó a venirse abajo como a cámara lenta. La pesada viga iba directa a aplastar la cabeza de Tim y dejarla con el aspecto de una sandía podrida.

Las piernas de Ronnie se desbloquearon y saltaron a la desesperada para salvar a Tim. Pero sus pies se vieron atrapados por algo y el muchacho cayó de bruces al suelo. El aire le subió a toda prisa desde los pulmones y el olor de la hierba cortada invadió sus fosas nasales. Sintió el sabor de la sangre y notó el corte del labio justo cuando recordó cómo debía respirar.

Un chasquido sordo resonó por todo el cementerio. Ronnie levantó la cabeza justo a tiempo para ver cómo la maceta se quebraba y caía desde lo alto del sepulcro. Tim emitió un chillido de sorpresa al notar la lluvia de sucios trozos de piedra sobre su pecho. Los pilares cayeron en direcciones opuestas. El saliente del más cercano a Tim aterrizó justo por encima de su cabeza. La viga transversal giró como el aspa de un helicóptero a cámara lenta, y se posó sobre el pilar que yacía sobre las piernas de Tim.

Ronnie intentó arrastrarse hacia su hermano, pero aún tenía el pie atrapado.

—¿Estás bien? —preguntó.

Tim lloraba. Bueno, aquello significaba al menos que seguía con vida.

Ronnie dio un puntapié y volvió la vista hacia su zapatilla deportiva...

No, no, no...

...del color de la carne roja.

Un brazo asomaba junto a la lápida. Un brazo cubierto de sangre con una mano agarrotada que sostenía su deportiva. Un reluciente nudillo tenía enganchados los cordones.

El fantasma, el fantasma...

Ronnie olvidó de nuevo cómo respirar. Propinó una patada a la mano, se precipitó sobre su propio trasero e intentó reptar marcha atrás. La mano no lo dejaba escapar. Las lágrimas brotaron en sus ojos mientras intentaba pisar el sucio hueso con el otro pie.

—¡Ayuda! —imploró Ronnie, al mismo tiempo que Tim gemía en su propio ruego de socorro.

Las palabras de Whizzer empezaron a revolotear por la mente de Ronnie, mezclándose con su tormenta de pensamientos rotos: *te atrapan, te tienen*.

—Ronnie... —gimió Tim con un hilo de voz.

Ronnie se retorció como una anguila arponeada, siguiendo con la mirada la mano de aquel brazo envuelto en un paño andrajoso.

¿Paño?

Su enrevesado carrusel de pensamientos se detuvo en seco.

¿Para qué iba a necesitar un fantasma envolverse el brazo en un paño?

El brazo se prolongaba hacia un cuerpo semioculto tras la lápida.

La mano se agarró con fuerza al vacío y, acto seguido, tembló ligeramente y se relajó. Ronnie logró liberarse cuando los dedos perdieron su rigidez. La sangre invadió el anverso cóncavo de la extremidad.

Ronnie se acercó a Tim y empezó a retirar los pedazos de piedra de la barriga de su hermano menor.

—¿Estás bien? —preguntó de nuevo.

Tim asintió, con el rostro lleno de tiznajos oscuros de abono mezclados con lágrimas. Tenía un araño en una mejilla, pero, por lo demás, parecía ileso. Ronnie volvió a mirar aquel brazo destrozado e intentó vislumbrar el cuerpo al que pertenecía, escondido tras la tumba. La mano estaba inerte mientras el sol secaba la sangre de la palma. Una mosca se posó sobre ella y empezó a beber.

Ronnie arrastró a Tim para liberarlo de los trozos de piedra y ambos se levantaron mientras el pequeño intentaba sacudirse la suciedad de la camiseta.

—Mamá me mata... —Se detuvo al ver aquel brazo—. ¿Qué demonios...?

Ronnie se acercó a la lápida con el corazón martilleando sin piedad en sus oídos.

Por encima de sus latidos, todavía podía escuchar la voz de Whizzer: «*Tiene hígados en lugar de ojos...*».

El muchacho se volvió hacia la linde del cementerio, con Tim pegado a su espalda.

—Cuando diga «ya», empiezas a correr —susurró Ronnie, con la garganta seca.

—M... mira ahí —dijo Tim.

El muy imbécil no tenía neuronas suficientes como para asustarse. Pero Ronnie le hizo caso y miró. No pudo evitarlo.

El cuerpo estaba tendido junto al lateral de la tumba, con el paño hecho jirones, revelando la piel magullada. La cabeza estaba pegada al mármol blanco, con el cuello arqueado en un ángulo imposible. Un hilo de sangre brotaba desde el enmarañado cabello hacia el suelo.

—Boonie... —dijo Ronnie a un volumen apenas comparable al de la brisa que agitaba las hojas de los robles.

Sobre la hierba, unas pisadas marcaban un pequeño sendero oculto, que procedía de los arbustos que rodeaban el cementerio. Probablemente, Boonie se había arrastrado hasta allí desde la zona de malas hierbas. Y fuese lo que fuese lo que le había hecho aquello, todavía podía andar por allí cerca. ¿Se escuchaba un aleteo desde el campanario?

Un pájaro. Es un pájaro, idiota.

No la criatura que habitaba la iglesia roja, según decía Whizzer.

No era la cosa que te atrapaba y te tenía, no era la cosa que tenía alas y garras, e hígados en lugar de ojos, no era la cosa que había destrozado la cabeza de *Boonie* Houck.

Entonces, Ronnie echó a correr, a toda prisa entre la maleza, apenas consciente de las zarzas que le arañaban el rostro y los brazos, del saltamontes que se había posado en su piel, de las ramas que se introducían en sus ojos. Oía a Tim tras sus pasos, al menos, esperaba que fuese él, aunque no tenía ninguna intención de volver la cabeza para asegurarse, porque ya se encontraba en el camino de gravilla, corriendo al son del compás del miedo... *No es la cosa, no es la cosa, no es la cosa...* No se detuvo ni un momento para recuperar el aliento, ni siquiera al pasar junto a Lester Matheson, que circulaba en su tractor por un campo de heno, ni al alcanzar la granja de los Potter, aunque el tonto de Zeb Potter aulló su nombre desde el porche de la

entrada, ni cuando su perro profirió una especie de rebuzno, ni cuando saltó la alambrada de púas que delimitaba la propiedad de los Day, ni cuando alcanzó a ver el herrumbroso tejado de hojalata de su hogar, ni cuando vio el Ranger de papá en el camino de la entrada, ni cuando tropezó y se cayó en el puente y vio las centelleantes piedras del río que fluía por debajo, ni cuando se dio cuenta de que había llegado a otro punto de inflexión, porque había descubierto otro posible final para el mundo, pero al menos, no era un final tan malo como el que, cualquiera que fuese, le había mostrado a *Boonie* Houck la puerta de salida de todas partes.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Como si fueras a entenderlo... Ya no lo entendiste la primera vez.

—Linda Day apretó los puños con fuerza. El aliento de David apestaba a cerveza.

Borracho a las tres de la tarde, pensó. ¿Acaso no sabe que el cuerpo es algo sagrado? Si se pareciera un poco más a Archer...

David se acercó a ella. Linda retrocedió hasta la mesa de la cocina. Él jamás la había pegado en quince años de matrimonio. Pero su rostro tampoco había mostrado nunca antes aquella mezcla de dolor y furia.

Él agitó los papeles en el aire mientras sus labios formaban una desdeñosa mueca.

—Una burda mentira. Todos estos años...

¡Dios!, ¿no pensaría echarse a llorar, verdad? Si ni siquiera lo hizo el día en que le cayó el tractor encima y un hueso del antebrazo atravesó su cazadora vaquera... «No es nada, ya se curará».

Linda miró fijamente sus humedecidos ojos castaños. ¿Quién era ese hombre? ¿Qué era lo que sabía realmente sobre él? Sí, habían asistido juntos al instituto, ambos pertenecían a Futuros Granjeros de América, se estrenaron un torpe viernes por la noche en el pinar situado sobre el campo de fútbol americano del Pickett High, nunca salieron con otras personas, se casaron siguiendo los cánones de la expectativa general y, tras aquel interludio en California, se instalaron en la granja de la familia Gregg después de que el cáncer se comiera los pulmones del padre de Linda.

Más de la mitad de sus vidas. Y no era tiempo suficiente como para conocer a David.

—No empieces con eso —pidió Linda.

—No he sido yo quien ha empezado. Cuando nos casamos, tú dijiste que todas esas insensateces habían terminado del todo.

—Eso pensaba.

—¿Eso pensabas? —repitió él, con tono burlón y una mueca de disgusto.

—Iba a decírtelo.

—Ah, ¿sí? ¿Cuándo? ¿Después de esconderme otro centenar de mentiras?

Linda miró hacia otro lado. Cualquier punto, excepto los ojos enrojecidos de David, era una buena alternativa. El taco de margarina que reposaba sobre la encimera empezaba a derretirse con el calor. Dos moscas negras jugaban a la tala en la mosquitera de la ventana de la cocina. Las rosas plasmadas en cenefas en el papel amarillecido de la pared parecían pedir a gritos ser regadas.

—Eso no es así.

—No, claro que no. —Un repentino vaho de cerveza emanó de sus palabras—. Cuando la esposa de un hombre recibe cartas de amor de otro... bueno, no hay motivo de preocupación, ¿no?

—Entonces, las leíste.

—Pues claro que las leí. —David se acercó a ella, inclinando su metro noventa de estatura y sus fornidos hombros, que debía al haber levantado unas diez mil balas de heno en toda su vida.

—Entonces, verías que la palabra «amor» no salía en ninguna de ellas.

David se detuvo sobre sus pasos. Linda pensó en retroceder hasta la entrada de la casa, pero lo más importante era no mostrar su miedo. Archer decía que el miedo era para los sumisos, aquellos que se arrodillaban ante los pies de Cristo.

—Hay muchas clases distintas de amor. —David frunció el ceño.

Ella estudió su rostro. Una nariz rota dos veces. Una cicatriz en la comisura de los labios. Un mentón prominente, de aquellos que podían forjar el acero. La piel bronceada de años de trabajo bajo el sol. ¿Acaso había amado realmente al hombre poseedor de aquellas facciones?

—Solo existe una clase de amor —repuso—. El amor que nosotros tenemos.

—El que tenéis tú y Archer, ¿no?

—David, por favor, escucha.

Él alargó el brazo. Ella contuvo la respiración y se apartó. Pero David no la tocó, solo golpeó la lata de café molido Maxwell House que había sobre la mesa de la cocina, que rebotó contra el armario situado bajo el fregadero y perdió la tapa, provocando una ducha de granos oscuros que desembocó en el suelo de vinilo. El rico aroma del café mitigó el agrídulce aliento de David, que apretaba los dientes con fuerza. Dientes despuntados y separados. Tan prietos que le temblaba la mandíbula.

Linda miró fugazmente a la derecha de la mesa. Había un cuchillo sobre la encimera, con un trozo de cáscara de queso pegada a la cuchilla. Si era necesario...

Pero David se dio la vuelta, encorvado. Le temblaban los hombros.

David nunca lloraba, al menos en presencia de Linda. Pero desde que había encontrado las cartas, hacía muchas cosas que jamás había hecho antes. Como beber demasiado. Como dejarla.

—Cariñ... —Linda se detuvo—. ¿David?

Sus botas de trabajo golpetearon el suelo con fuerza mientras David se alejaba. Se detuvo en la puerta posterior y se volvió, bajando la mirada a las cartas que sostenía en la mano. Las lágrimas ya rodaban por una de sus mejillas, pero su voz sonaba tranquila y resignada.

—Archer McFall —dijo—. Muy divertido. ¿Y quién te empujó a hacerlo?

—¿A hacer el qué?

—Ambos sabemos que no fue Archer, así que deja ya de mentir. ¿Acaso fue uno de tus amiguitos de California?

Linda negó con la cabeza. *No entiende nada. Y yo que tenía esperanzas de que se uniera a nosotros.*

—No fue nadie —respondió.

—¿Nadie? ¿Nadie te escribía cartas mientras el tonto de David Day se pasaba el día en el tractor o tragando serrín durante diez horas, pero no le importaba porque tenía una fantástica familia esperándolo en casa cada noche para colmarlo de amor y todas esas mierdas?

Mientras pronunciaba aquellas palabras, David cruzó la puerta, impidiendo que Linda pudiese ver el granero y las pasturas del exterior. La estancia se oscureció cuando una nube pasó por delante del sol.

—Ya te he dicho que no es lo que tú piensas —dijo Linda.

—Claro. Archer McFall pasó por tu vida por casualidad justo en el momento en que empezaste a recibir aquellas cartas. Menuda coincidencia.

—No tiene nada que ver con Archer o con el Templo. Tiene que ver con nosotros dos.

—¿El que no me dijeras nada de estas cartas tiene que ver con nosotros dos? —espetó David, golpeando el fajo de hojas contra el quicio de la puerta.

—Iba a hacerlo.

—¿Cuándo? ¿Después de que el infierno se congelase?

—Cuando considerase que estabas listo para escuchar.

—Querrás decir, cuando hubiese estado listo para tragármelo todo sin masticar. Y para meterme en ese lío igual que hiciste tú. Pensaba que habías aprendido la lección la última vez.

La nube siguió su camino y el sol iluminó la veteada mosquitera de la ventana. Linda miró hacia fuera, a la extensión de gravilla rojiza del jardín, a las pequeñas hileras de arbustos de temporada que empezaban a despuntar hacia el cielo, y más allá, a la cordillera de montañas que separaba Tennessee de Carolina del Norte. Ochenta hectáreas de tierra de los Gregg, moteadas de piedras, con sus fresnos, álamos y abedules enraizados a su piel, con sus riachuelos fluyendo a través de sus venas como su propia sangre. Pertenece a una de las familias antiguas. Y las familias antiguas pertenecían a los McFall.

—Solo son cartas —añadió—. Eso no significa que vuelva a entrar.

—¿Y por qué tuviste que entrar la primera vez?

—Eso fue hace casi veinte años. Entonces, yo era una persona distinta. Los dos éramos distintos.

—No. Tú eras distinta. Yo sigo siendo el mismo. Un pueblerino que cree que si rezas y vives honradamente, nada puede hacerte daño. Pero debo reconocer que me equivoqué.

—¿Y también vas a culparme por eso? ¿Acaso tienes idea de lo terrible que me parecía estar aquí atrapada en Whispering Pines para

toda la vida? ¿Aguantar a siete niños sin otra aspiración que la de esperar a la próxima cosecha? ¿Ser como mi madre y acabar con los dedos tan deformados como las vainas de guisantes que tenía que enlatar? ¿Qué clase de vida es esa?

—Para mí, es lo suficientemente buena. Yo no necesitaba huir a California.

—Te pedí que vinieras conmigo al menos una docena de veces.

—La misma docena que yo te pedí que te quedaras.

—Solo tenías miedo de perderme.

David bajó la cabeza y negó lentamente.

—Reconozco que sí —susurró apenas—. Solo que me ha llevado todo este tiempo darme cuenta.

—Los niños llegarán de un momento a otro —dijo Linda—. Ronnie quería verte.

David alzó de nuevo la mano que sostenía las cartas.

—No vas a arrastrarlos a toda esa mierda, ¿verdad? —preguntó—. Porque, si lo haces...

La amenaza se cernió en el aire como un hacha.

—Archer no es así —dijo Linda, aunque parecía creer sus palabras solo a medias.

—Dijiste que el grupo se disolvió.

—Yo... bueno, muchos nos fuimos. Cuando dijeron que él había muerto, yo...

—Él está muerto. La pregunta ahora es: ¿quién está intentando volver a todo aquello?

David levantó una de las cartas, más por dramatizar que por cualquier otro motivo. Porque Linda conocía el contenido de aquella carta.

Ella vio el símbolo desde la otra punta de la estancia, pese a estar arrinconada en una esquina. Se parecía a uno de aquellos símbolos egipcios, pero con la cruz coronada por dos bucles. Dos soles. El Templo de los Dos Soles.

No le hacía falta verlo de cerca, porque ahora estaba segura de que lo habían grabado a fuego en su cerebro, de que su poder había sobrevivido a lo largo de los años y a la distancia de los casi cinco mil kilómetros, así como al grosor de su renovada fe en Jesús. Porque, al fin y al cabo, solo existía un verdadero salvador. Y su nombre era Archer McFall.

Si David quisiese abrir su corazón... Claro que había nacido con sangre bautista, lo habían sumergido en el río que fluía bajo la iglesia roja para lavar sus pecados, le habían dado su diez por ciento... pero la fe consistía en algo más que en rituales, escrituras y plegarias. El corazón de Linda estaba creciendo de nuevo, brotando, abriéndose como una flor bajo la luz del sol. No, bajo la luz de dos soles. El doble de amor. Ojalá pudiera compartir aquello con David. Pero él nunca lo comprendería. Estaba tan cegado por Jesús como todos los demás.

Él la miró pausadamente, esperando su reacción. Ella se tragó la sonrisa y relajó el semblante.

—El Templo... —musitó él con desdén—. Prometiste que se había terminado. Pero creo que me engañaste como a un tonto.

—No me ha pedido dinero.

David soltó una amarga risotada. Se frotó la frente con la mano derecha y espetó:

—Será lo único que no te pida, sea quien sea.

—Si de verdad has leído las cartas, ya sabrás exactamente lo que quiere.

—Sí, claro. —David levantó una de las cartas—. «Te hemos echado de menos, hermana» —leyó en voz alta.

—Y eso es todo.

—«Grandes juicios se acercan, pero nos baña la luz de la fe.» —David pasó a la siguiente carta—. «La piedra ha sido lanzada.»

—¿Y dónde ves el amor? —Linda forzó una expresión de indiferencia. David no pertenecía a una de las familias antiguas. En cualquier caso, había sido tonta al pensar que Archer lo aceptaría.

—¿Dónde veo el amor? ¿Dónde veo el amor, dices? Bueno, para empezar al final, cuando dice «Siempre tuyo, Archer McFall». En todas y cada una de las cartas.

—Puede que no muriese. O tal vez alguien volvió a convocar el grupo y está usando su nombre. Nada más. De todas formas, a mí me da lo mismo.

Pero, en realidad, no me da lo mismo. Siempre he pensado en ellos, incluso cuando tú y tus amigos cristianos me «curasteis». Mi corazón siempre ha albergado un pequeño lugar solo para Archer.

Los ojos de David ya no estaban tan encarnados, porque parecía algo más sobrio, pero mantenían aquel brillo feroz en la mirada.

—Claro. Y te preocupa tan poco que ni tan siquiera te has molestado en tirar las cartas a la basura, ¿no? —preguntó.

—Es que me dan lo mismo.

—Ah, ¿sí? O sea que da igual si hago esto... —David empezó a arrugar las cartas.

Linda abrió la boca y extendió el brazo sin pensar.

David sonrió. Pero la suya era una sonrisa enferma, la misma que exhibiría un mártir remiso. Arrugó el fajo de papeles y lo lanzó al suelo, a los pies de Linda.

—Lo vi por aquí —dijo—. La semana pasada. Acababa de trabajar y pude esconderme en las colinas, desde donde observé la casa. Solo estábamos yo y unas latas de cerveza. Básicamente, sentía curiosidad por si tú también estabas enviando cartas.

—Cabrán...

—La hora habitual del encuentro son las diez de la mañana, ¿no? —preguntó él, lamiéndose los labios.

Linda sintió el rubor de la sangre ascendiendo por sus mejillas. ¿Cómo era posible que supiera tanto?

—Se ha comprado un Mercedes. Parece que el tema este del «culto» no es mal negocio.

—Yo no estaba... —empezó ella.

David negó con la cabeza.

—Ya lo sé. No era Archer McFall —prosiguió—. Pero, ¿por qué no me dices quién era realmente?

Linda se preguntó cuántas veces habría observado David la casa desde el bosque. O si podía confiar en lo que le había dicho.

Confiar. Esa sí que era buena.

David se acercó lentamente a ella. La mujer parecía un ciervo petrificado ante los faros del odio de su marido. Bajó la mirada en el mismo momento en que él pisoteaba el manojo de cartas con una de sus botas.

—¿Cuánto tiempo hace? —preguntó él, con los ojos rebosantes de lágrimas de nuevo; como si el depósito se hubiera estado llenando durante toda su vida y, ahora, repleto finalmente, tuviera que empezar a desbordarse o explotar del todo.

—Las cosas no son así. —Linda, también al borde del llanto, volvió a echar un rápido vistazo al cuchillo que reposaba sobre la encimera.

David avanzó otro amenazante paso.

—Ya me preguntaba yo por qué habías actuado de una forma tan extraña últimamente. Y por qué ya no ibas a misa —dijo.

Linda aspiró una bocanada de aire y se escabulló, rodeando la mesa de la cocina, precipitándose hacia la encimera. David se encontraba muy cerca de ella y la agarró cuando se dio la vuelta. Sus manos eran como ganzúas de acero sobre los débiles brazos de la mujer. La sostenían firmemente, pero no con la suficiente fuerza como para herirla.

Linda miró fijamente a los ojos de aquel extraño. Nunca antes se había fijado en la profundidad de las arrugas de su frente. Sus mejillas exhibían parches de barba de dos días. Parecía mayor, como si sus treinta y siete años de vida se hubieran apiñado de repente a lo largo de aquellas últimas semanas.

—Dime quién es —espetó.

Ella se estremeció ante la fuerza de aquellas manos. Aquellas manos que la habían tocado con tanta ternura durante muchas noches, que habían acariciado su vientre durante los embarazos de los niños, que habían descubierto margaritas de detrás de sus orejas cuando paseaban enamorados por el campo de heno. Pero ahora eran unas manos crueles, que habían olvidado las caricias y mostraban una pasión bien distinta en aquel momento.

Linda volvió la cabeza, temerosa de que David percibiese el miedo en sus ojos. El cuchillo se encontraba junto a un tazón de helado derretido, al alcance de su mano. Pero David le agarró la barbilla y la obligó a mirarlo otra vez a los ojos.

Archer ya había advertido a Linda del precio que debería pagar por sus creencias: persecución, dolor, pérdida de todo lo humano. En sus pensamientos, podía escuchar la voz de Archer, emanando desde un géiser de su corazón. *Grandes juicios se acercan. Y enormes sacrificios. Porque el sacrificio es la moneda de Dios.*

Pero la recompensa era mayor que el sacrificio. La fe valía cien veces más. La devoción llevaba ahora el inquebrantable amor de Archer a la cuarta generación. Entregarse a él significaba que su estirpe recogería los frutos de la cosecha. Se lo repetía a sí misma una y otra vez desde que Archer y el Templo de los Dos Soles habían reclamado su corazón. Y ahora, atrapada bajo las garras de David, no dejaba de recordarlo.

Él nunca antes le había hecho daño. Pero Archer decía que aquellos que no comprendían siempre acababan rindiéndose a la violencia, porque la violencia era la forma de actuar de su Dios. Ese era el motivo por el que el mundo debía terminar. Desde las cenizas del fuego de su cielo surgirán...

—¿Quién es? —preguntó David.

Linda gimió algo entre sus apretados dientes. David relajó la fuerza de sus manos hasta que ella pudo mover la boca.

—*Mmm...* Archer —musitó.

—Archer. No me mientas más, maldita sea. —David volvió a agarrarla con fuerza.

Ella recorrió a tientas con su mano izquierda el filo de la encimera. Sintió el frío del tazón del helado. Solo con que pudiera conseguir que él continuase hablando...

—Sí. Es él —añadió—. Y no quiere que yo esté... así.

—Es imposible que sea Archer.

—Ha vuelto.

David soltó una amarga carcajada.

—La Segunda Venida... Realmente, te han captado otra vez, ¿no?

—No. Me refería a que ha vuelto a Whispering Pines. —Linda rodeó el tazón con la mano y tocó la encimera de madera. Sus dedos asieron con fuerza el mango del cuchillo. Archer siempre decía que, en ocasiones, había que luchar contra el fuego con el propio fuego, aunque ello significase ponerse a su nivel. Aunque ello fuese un pecado.

—Dijiste que había muerto.

—Dijeron... yo pensé... Nunca vi el cuerpo.

—No es Archer.

—Sí lo es. Sabes que yo nunca te mentaría.

David soltó un brazo de Linda y echó la mano hacia atrás. Iba a pegarla. Ella agarró rápidamente el cuchillo y, cuando hubo rodeado con fuerza el mango con sus dedos, todos los antiguos recuerdos empezaron a fluir, junto con la energía, el poder y la pureza que Archer le había prometido y entregado. Linda alzó el cuchillo.

David lo vio y se apartó con prontitud. La hoja cortó el aire a poco más de un palmo de su rostro. El hombre se inclinó hacia delante y atrapó la mano de Linda cuando ella se disponía a atacarlo. El cuchillo cayó al suelo.

Ambos se quedaron inmóviles, mirándolo. El silencio se adueñó de la estancia como la muerte lo hace de un ataúd.

Una gallina cloqueó en el corral. En algún lugar sobre la colina, en dirección a la granja de los Potter, un perro de caza profirió un estridente aullido. El motor de un tractor traqueteaba a lo lejos. El segundero del reloj del recibidor sonó seis, siete, ocho veces. David alargó un pie y asestó una patada al cuchillo, que se desplazó a un rincón.

El hombre exhaló con fuerza, desplegando su furia.

—Vaya. Mira adónde hemos llegado —dijo.

—Yo no pretendía...

—¿Es eso lo que predicán? ¿Apuñalar a los maridos?

—Yo... Es que me has asustado. —Las lágrimas brotaron de sus ojos, mientras las de David se secaban, posiblemente para siempre—. Pensaba que ibas a pegarme.

—Ya. Claro. —Él se mostraba tranquilo de nuevo, calmado, como un hombre que no habría hecho daño a una mosca—. Supongo que nunca has confiado en mí, ¿me equivoco? No como has confiado siempre en ellos.

—Yo no te mentí.

—¿En qué ocasión?

Archer tenía razón. El dolor era un precio altísimo. La fe requería sacrificio.

—Cuando nos casamos y te prometí amor y fidelidad. Entonces, lo creía firmemente —repuso ella.

—Y yo. Parece que no eres la única idiota de la familia.

—David, por favor. No pongas las cosas más difíciles.

—Muy bien. De acuerdo. —David extendió los brazos a modo de rendición—. Qué más dará. Lo que pasa es que no sé por qué tuviste que meterte en esa secta.

—No es una secta.

—Y resulta que Archer McFall vuelve a tu vida veinte años después de muerto. O tú estás loca, o crees que soy yo quien lo está.

Archer siempre había dicho que regresaría. ¿Cómo había sido Linda capaz de dudar de ello?

Fácil. Te arrebataron tu mundo y regresaste a la vida fácil y normal, la de aquellos que temen a Dios, y te acomodaste en ella como a una

segunda piel. Escondiste tu corazón como si estuviera separado del amor, de la maternidad y de la propia acción de vivir. Pero esa vida normal era una gran mentira, ¿verdad? Tal vez David tenía razón, aunque la tuviese sobre la equivocación.

—Creo que, visto lo visto, voy a llevarme a los niños —dijo él, provocando a Linda un escalofrío que la invadió y le heló hasta los huesos.

—No —repuso ella.

—Cualquier juez del mundo me otorgaría la custodia. Pero no te preocupes, no pienso reclamarte la granja. Te pertenece por derecho, puesto que eres una Gregg, pero por nada más.

—Los niños no... —gimió ella, golpeándole el pecho con los puños. David no intentó detenerla.

Los puñetazos perdieron fuerza y Linda se desmoronó, sujetándose a la camisa de David. Él la sostuvo para evitar la caída. Ella no sintió nada entre sus brazos.

—¿Cómo se lo vamos a contar a los niños? —preguntó ella entre sollozos.

—Los niños ya lo saben. No son tontos.

—Yo pensé... No sé lo que pensé. —Pero Linda sabía exactamente lo que pensaba. Pensaba que los niños eran suyos, y que debía amarlos y protegerlos, e introducirlos en la dicha de la adoración del Templo de los Dos Soles. Entregárselos a Archer, para prolongar las generaciones.

—Ahora haz el favor de dejar de llorar. Estarán a punto de llegar.

Maldito fuera por intentar ser fuerte. Por actuar como si a ella no le importase nada. Sus ojos volvieron al cuchillo arrinconado en el suelo.

—Ni se te ocurra, Linda. No quisiera tener que utilizarlo en tu contra en la vista por la custodia.

Cabrón adorador de Jesús. Pero Linda no iba a perder la esperanza. Archer sabría qué hacer. Archer podría...

—¿Has oído eso? —preguntó David de repente, soltándola.

—¿Oír el qué? —Linda se frotó los brazos, como si deseara borrar el recuerdo de su rudo contacto.

David se acercó a la puerta. Linda pensó de nuevo en el cuchillo. No; si lo utilizaba le quitarían a los niños con toda seguridad. De pronto,

oyó un sonido parecido al de un ternero atrapado entre matorrales, berreando para pedir auxilio.

—Es Ronnie —dijo David, saliendo precipitadamente hacia el porche y corriendo hacia el riachuelo que separaba un prado del patio frontal.

Ronnie corría a toda velocidad a través del campo, llorando, gimiendo y haciendo aspavientos con los brazos. Tim se encontraba unos cuantos metros por detrás, corriendo por el sendero. Incluso desde aquella distancia, Linda pudo apreciar que su hijo pequeño había perdido las gafas.

Ronnie llegó a la pequeña pasarela de madera que cruzaba el riachuelo, un puente que no consistía más que en dos tablones extendidos y apoyados sobre dos postes. Su pie quedó atrapado en una hendidura de los tablones y sus gritos subieron una escala de tonos completa cuando cayó de bruces en el rocoso lecho del riachuelo. Linda también profirió un chillido.

David llegó al cauce y saltó donde Ronnie estaba tendido. Linda corría tras él junto a la ribera. Ronnie estaba tumbado boca abajo, con las piernas sumergidas en el agua. Su cabeza yacía sobre una gran piedra allanada por la erosión del agua. Un rastro de sangre recorría la superficie de la roca y desembocaba en el riachuelo, donde se diluía rápidamente.

—¡No lo muevas! —gritó Linda.

David se volvió a mirarla y se arrodilló junto a Ronnie. El muchacho gimió y levantó la cabeza. La sangre emanaba a borbotones de su nariz y tenía el labio partido.

Gimió de nuevo.

—¿Qué...? —preguntó David.

Entonces, Linda ya se encontraba lo suficientemente cerca como para escuchar las palabras de su hijo. Los labios de Ronnie se movieron con dificultad:

—La... la iglesia roja.

Sus ojos miraban más allá de donde se hallaban sus padres. No veían nada. O veían demasiado.